

Capítulo 36 - Luces pálidas

Angharad debería estar en la cama.

Segura bajo sus sábanas, de regreso en el Triángulo, con la puerta cerrada con llave y compañeros de confianza en las habitaciones cercanas. O quizás en una taberna junto a los muelles, ahogando su miedo en el bullicio de la algarabía. O incluso con su tío, quien había buscado su compañía, pero ella se había obligado a rechazar con palabras precisas, cada una saboreando a ceniza en su lengua.

En su lugar, se encontraba aquí afuera, en la oscuridad, una tonta en una misión insensata. Las luces doradas del Orrery estaban lejanas, negándose a iluminar sus caminos, por lo que Angharad Tredegar llevaba consigo una isla de luz. Una linterna, apenas abierta en su mínima expresión, proyectando un círculo tembloroso de palidez a su alrededor. Como un círculo de hadas de los viejos relatos, manteniendo fuera a los espíritus.

No es que los monstruos que acechaban esa noche la obedecerían. Angharad estaba muy lejos de casa, y aquí las viejas leyes de Peredur eran solo susurros en el viento.

Había seguido el bulevar durante lo que le pareció horas. Una vía ancha y sin nombre, de grandes adoquines que se volvían lisos con el tiempo y la lluvia. Desviarse habría sido más rápido, atravesando ruinas y canales vacíos, pero Angharad sabía mejor. Sentía los ojos sobre ella, esperando más allá del alcance de su linterna. Pacientes, silenciosos. Hambrientos. Que salieran a la luz si querían atraparla. Que las pesadillas se atrevieran a desafiar la claridad.

El Capitán Phalani le había advertido que cazaban en manada, por lo que sabía que no era correcto creer que la bestia era la única cuando surgió en la vista.

Los lycosi emergieron de las entrañas de una casa arrasada, caminando con una gracia similar a la de una araña—sin peso y demasiado rápido, antinatural a la vista. Estaban cubiertos de pelo y tenían una cabeza de lobo, pero allí terminaba la semejanza con los lupinos del Dominio.

El lycosi se alzaba firme sobre patas dobladas, que poco tenían que ver con las de un sabueso: las proporciones estaban descompensadas, con la parte inferior de la pierna casi igual de larga que la superior. Más parecidas a un brazo humano que a la pata de una bestia. Las patas traseras eran más gruesas en la parte inferior, diseñadas para saltar, y un pelaje gris-negrusco y desgredado colgaba suelto sobre su estructura. No tenía orejas, sino cuernos curvados que se asemejaban a los de un carnero, y sus ojos parecían negros, redondos y siniestros. Una lengua serpenteante pendía floja de la mandíbula abierta, mostrando colmillos amarillentos, y sus patas terminaban en garras casi desmesuradas que se curvaban como las de un halcón.

Avanzaba sin prisa, como cebo para atraer su atención, mientras las demás se deslizaban desde atrás.

—Mi gente —le dijo Angharad al lycosi—. Desprecia a los lobos.

El Pereduri exhaló, enderezó su espalda y deslizó su sable. Debería estar en la cama. Vagabundear sola por Port Allazei en la noche era una forma peligrosa de acabar muerta. Sin embargo, allí estaba ella.

—Mi madre solía decir que es porque nuestro suelo es pobre y el ganado es tan vital como el mar —comentó la bailarina de espejos—. Pero mi padre decía que la raíz es más profunda. Una historia antigua.

Colocó suavemente la linterna en el suelo. Su luz se estrechó, reduciendo la palidez y entregando el resto del mundo a las sombras.

—En tiempos en que las Islas no estaban unidas aún, existió un gran gobernante llamado Reina Branwen —relató—. ¿Alguna vez has oído hablar de ella?

El primero surgió desde atrás, con garras que rozaron la piedra con un roce casi imperceptible, apenas un susurro. Pero nada permaneció quieto, y la bailarina tuvo oído agudo.

El monstruo dio un paso a la luz, el monstruo sangró.

El pelaje era espeso y la piel debajo dura como cuero, pero una sola estocada abrió el hombro del lycosi, que retrocedió gimoteando, derramando unorro de negro licor.

“Existen tantas historias sobre la Reina Branwen como granos de arena en un reloj de arena,” dijo Angharad, “pero la más famosa no es su ascenso, sino su vejez. Cuando su poder se había desvanecido y reinas jóvenes y hambrientas acudieron a reclamar sus tierras.”

La batalla había comenzado en serio y ahora ella los veía, acechando más allá del borde pálido. Ojos negros y cuernos maliciosos, el brillo perlado de hoces abiertas. A la derecha y a la izquierda, avanzando. El cebo acechando a su espalda, acercándose cada vez más. El herido, justo más allá del límite de la luz. Todos pacientes, pero ella también lo era.

Uno, dos y tres, como las rocas que oscilaban en cuerdas en el patio trasero, que ahora es tanto tierra de muertos como esta ciudad cementerio.

Angharad avanzó en el último instante, y los lycosi que cargaban chocaron entre sí, hombros entrelazados, girando apartándose con gruñidos. En ese momento, cuando parecían una sola bola de pelaje y furia, se interpusieron entre Angharad y el acechador como un muro.

Se deslizó con gracia hacia esa abertura, dirigiéndose al beast herido, que huyó alejándose de la luz de la linterna y hacia una tienda colapsada en el borde del bulevar. Trampa, decidió, y no la siguió. Debía estar esperando un quinto. Angharad retrocedió hacia el círculo, girando su mano para preparar la espada.

“Fue vieja, la Reina Branwen, pero enfrentó a sus rivales en el campo,” dijo Angharad, “y con ella cayeron tres de esas jóvenes reinas hambrientas, antes de que la última la atravesara con una

lanza en la garganta.”

El que corría no había regresado, y el oculto permanecía fuera de vista. Los otros tres se dispersaron, rodeando el círculo de luz pálida. Izquierda, centro, derecha, moviéndose para cercar. Por más rápida que fuera Angharad, solo podía enfrentarse a un enemigo a la vez.

“Pero las hijas de Branwen llevaron su cuerpo lejos del campo de batalla,” dijo ella, “y, como su madre les había enseñado, colocaron el cadáver en un gran caldero de bronce que nunca antes habían tocado.”

Angharad soltó una suave carcajada.

“Y tras una noche en el agua, la Reina Branwen resurgió del caldero como una mujer viva.”

Sucede así: Angharad Tredegar se desplazó hacia la izquierda, hacia ese borde del círculo, y los monstruos se movieron con ella. Lobo izquierdo, observando, astuto en sus ojos. El lobo del medio gruñó, pero el de la derecha lo cortó antes de que pudiera hacer daño. Se lanzó más allá del límite de la luz, aullando, y—

(Un cráneo se abrió, el lobo de la derecha cayó, pero desde atrás, el lobo del medio saltó.)

Y Angharad Tredegar apretó la lengua contra el paladar. El lobo de la derecha bajó la cabeza, con las patas desordenadas, y ella aceptó el golpe que le ofreció. Esperó hasta que la velocidad y el peso impidieron volver, y then, moviendo la muñeca, cortó la pata justo debajo de la articulación. Como en ese atisbo, las bestias pusieron en marcha su truco. El lobo de la izquierda se movió para atraer un giro que ella pudiera aprovechar, mientras el del medio saltaba.

Pin y golpe, una canción tan antigua como el mundo, que había presenciado derramamiento de sangre.

Pero, mientras los lycosi que había herido caían cuesta abajo por el bulevar, Angharad giró sobre su pie trasero y levantó la punta de su sable en dirección a la criatura.

Cuando el lobo del medio saltó, extendió el brazo casi con suavidad y dio el paso para cerrar la caza: la punta se clavó en la garganta del animal, justo debajo del hocico, limpia y profunda, antes de que Angharad girara para separarse hacia afuera. Arrancó la hoja justo antes de que el lycosi muerto cayera tras ella, y se volvió para enfrentar al último sin heridas.

Así era el poder del caldero, obtenido de un gran espíritu en su juventud: mientras la reina Branwen no quebrantara su honor, sus hijas podrían depositarla en las aguas por una noche y ella volvería a vivir.

Ese bestia de ojos oscuros lamía sus labios, con la mirada fija en su compañero muerto y en el herido. Un gruñido y lentamente retrocedió de la luz. Angharad aflojó su postura, con un ojo puesto en aquel a quien había cortado la pierna.

El lycosi que había abandonado la luz huyó corriendo, sin gemir ni aullido. Una criatura astuta.

Un vistazo detrás le indicó que la bestia que había herido en el hombro también había desaparecido en la oscuridad. La quinta y última ni siquiera apareció a simple vista. Se volvió hacia la última, aquella cojeando.

“Desde el verano hasta el invierno, Queen Branwen alimentaba a las urracas,” dijo Angharad. “Siempre defendió su honor, su palabra como hierro, y aunque fue asesinada en dos ocasiones más, volvió a la vida. Enterró tantas coronas que la leyenda dice que todavía las encuentran los arados.”

Angharad siguió tras la bestia con serenidad. Sus pasos sobre la piedra resonaban con el inexorable destino.

“Así, cuando el invierno trajo la tregua, sus rivales conspiraron,” dijo ella. “Enviaron a una hermosa cantautora a las hijas de Branwen, para seducirlas y susurrarles: si tu madre no puede morir, ¿cómo podrán gobernar después de ella?”

La bestia era astuta, más que la mayoría de los lemures. Comprendió que no podría perderla en cuestión de momentos. Se detuvo, fingió tropezar incluso mientras brotaba su sangre de icor por toda la piedra.

“Nosotras no podemos matar a nuestra madre, respondieron las hijas de Branwen. Todo el mundo condena tal acto. No necesitas ponerle la mano encima,” susurró la cantautora. “Solo, cuando ella muera de nuevo y tú la llesves al caldero, abre las puertas de tu salón y huye. Ella no volverá, y nadie jamás blasfemará tu nombre.”

Angharad cayó en la trampa, acercándose, y observó la disposición del ataque, en el que los músculos se tensaron. La pata trasera izquierda, la delantera derecha en un ángulo: colmillos, altura del vientre. Ella golpeó medio instante antes de que atacara, partiendo el cráneo entre los cuernos y dejando caer cerebros y oscuridad sobre la adoquín. La bestia murió antes de entender qué ocurría.

Se quedó junto al cuerpo, respirando suavemente, con los ojos cerrados. Puso su oído, pero nada se deslizó en la noche.

“La primavera llegó, y Queen Branwen alimentó a las urracas,” dijo Angharad. “Pero sus rivales no estaban desarmadas, y fue asesinada una vez más. Sus hijas la llevaron al caldero, pero, seducidas por las palabras de la cantautora, abrieron las puertas del salón y huyeron.”

Se quitó la gota de icor de la hoja, alcanzando el paño guardado en su abrigo y limpiando el acero con cuidado. El icor que permanecía era como muerte en una buena hoja, peor que sangre o agua de mar.

“Y durante la noche,” murmuró Angharad, “un lobo se deslizó en el salón de Branwen. Pasó junto al fría hogar y las mesas vacías hasta encontrar un cadáver en un caldero. Y comió, la bestia, se llenó: devoró su carne hasta no quedar nada.”

Recolocó su sable en la funda.

“Queen Branwen no volvió a levantarse. Su reino cayó, sus hijas gobernaron nada y fueron malditas como traidoras,” dijo Angharad. “¿Y los lobos? Lobos a los que despreciamos, porque sus colmillos no conocen ni el honor ni la deshonra.”

Se alejó de los cadáveres sin volver la vista atrás. Quizá las criaturas aprenderían a no molestar a las hijas de Peredur la próxima vez que cazaran en la noche. O tal vez no. Quizá el Padre tenía razón, y el único pacto posible con los lobos consistía en el intercambio de violencia. Espada y colmillo, orden contra caos.

Como una joven, Angharad había despreciado a las hijas. Por supuesto lo había hecho, viéndose en la temible Branwen, quien tanto alimentaba a los cuervos. Sin embargo, ahora debía preguntarse. ¿La había convertido en una de las hijas que una hermosa cantora había acusado de traición? No obstante, un temor acechaba bajo aquella respuesta, un susurro más profundo.

¿O era en realidad ella el lobo, con colmillos ciegos y ensangrentados al servicio de los malvados?

Angharad tomó su linterna y reanudó su camino, no sin antes ajustarse el cuello de su abrigo. De repente, sentía un frío intenso en el exterior.

--

¿Cómo puede una mujer seguir los pasos de un espectro?

Angharad había recibido un mapa de una mano mentirosa, pero aquellas líneas de tinta en papel resultaban demasiado débiles para captar la traza de Tristan Abrascal. El ladrón había marcado un tejado con una granada robada, destruyó un techo para caer en el sendero oculto de abajo, pero estos lugares tenían muchos techos y muchos estaban dañados.

Su montón de paja estaba hecho de agujas.

Cabalgaba por la avenida sin nombre tanto como podía, pero ésta la expulsó hacia un nido de ratas lleno de callejones estrechos y enrevesados, girando en todas direcciones. Como si intentara huir de alguna vergüenza antigua, cada uno se retorció como un gusano. El mapa del mentiroso solo marcaba las líneas más generales, avenidas y calles principales, y lo que había entre ellas era como la mayoría de las palabras de Imani Langa: vacío. Así también estaban estas calles, entregadas al silencio y al polvo.

Aquí solo quedaba ella, la linterna y lo que acechaba en la oscuridad.

Angharad alzó la linterna para mirar a través de las persianas rotas de una antigua tienda—¿había algo en esta isla aparte de ruinas y desolación?—pero la oscuridad era superficial. Huyó ante la poca luz, demasiado débil para abrir un portal a la Hora de Brujas.

Superficial, se dio cuenta, pero no silenciosa.

Sus ojos oscuros se desplazaron hasta el borde de la ventana, donde encontró una gota de agua rodando más allá del borde. Deslizándose por la pared, pero la gota se negó a ser absorbida por el

polvo. Y cuando su mirada regresó al alféizar, vio un pequeño cauce. Luego otro, los riachuelos fluyendo abajo hasta que la ventana vacía parecía una boca de canalón derramando un río.

Angharad retrocedió con cautela, pero el aroma la alcanzó. Salinidad. Agua de mar, era agua de mar. A pesar de estar tan lejos del muelle, parecía imposible, pero... No, había una respuesta. Una que temía, pero que, en cierto modo, era una respuesta.

“Pescador,” dijo. “Estás aquí.”

Lo que el viento susurraba en sus oídos no eran palabras, pues el Pescador no hablaba en ellas. Era lo que su mente les obligaba a ser, pues esa era una carga que podía soportar — doblarse, pero sostenerse.

“Estás perdida.”

Era el sonido de un hilo tensándose, de una vida al filo de un cuchillo. Angharad tragó saliva. No se refería a las calles que la luz de la linterna tocaba. Una pregunta ardía en su lengua, y no era prudente formularla, pero debía hacerlo.

“Tintavel,” dijo, lamiéndose los labios. “Es antiguo, pero tú eres más viejo aún. ¿Sabes cómo liberarte de él?”

“La fuerza es la llave de toda cerradura.”

Ella apretó los dientes.

Entonces, soltó con rudeza: “Entonces no sabes nada.”

El Pescador no respondió, pero tampoco se apartó.

Desde un rincón de su visión, pudo ver su marca, con agua fluyendo a pocos pasos, justo fuera de alcance de la linterna. La oscuridad era tan densa que parecía noche líquida, desapareciendo en cuanto ella la miraba, como un espejismo. Tragó saliva, con parte de ella deseando que la atención del espíritu al que estaba atada fuera en realidad un consuelo, y se adentró más profundo en la penumbra.

Y sus susurros llegaron con los suyos.

“Tu padre,” dijo el Pescador, y la palabra sonó casi cariñosa, “me lo contó a mí una vez. Las palabras que ofreciste a la oscuridad.”

Angharad pestañeó, su mirada persiguiendo el agua demasiado rápida. No olía más que sal.

“¿Tu padre te habló a ti?” preguntó.

Sospechaba, de lo contrario ¿cómo podía él guiarla por el sendero correcto? Pero escucharlo decir...

“El cuento de Branwen,” dijo el Pescador, haciendo caso omiso a su sorprendida pregunta. “¿Quieres escucharlo?”

“Ya lo sé,” afirmó ella.

Una risa que parecía de dientes apretados tan fuerte que se quebraron.

“Solo conoces la mentira.”

Angharad estremeció. ¿Por frío o por miedo? No importaba. La respuesta no vacilaba.

“La verdad,” dijo, “siempre es mejor que la mentira. Siempre.”

“Nada es siempre,” replicó el Pescador. “Pero Branwen intentó...”

Y así, Angharad se adentró en la oscuridad, llevando consigo solo tres cosas: un destello tembloroso, acero y el relato de un antiguo monstruo.

“Solo hay una ley, la ley mayor, y su nombre es extinción. Pero la Reina Cuervo era astuta, y el miedo inteligente siempre teme terminar.”

Antes de comprender que la calle había curvado, Angharad giró tres esquinas y se encontró detrás del punto donde había comenzado. Su mandíbula se apretó. ¿Qué le esperaba adelante, que no fuera perderse aún más en las profundidades? No lograba entender el mapa de aquel laberinto. Era como si la oscuridad luchara contra ella, alejándola.

“Branwen tejió una red con tal vez y viajó hasta donde el mundo se rompe,” dijo el Pescador. “Allí lanzó la red y atrapó su muerte, como un pescador atrapa peces.”

Angharad no era navegante, ni cazadora experta. Tampoco era una trepadora de techos, ni una ladrona en esta noche, rodeada por muros que parecían cerrarse desde más allá del anillo de pálidos, y se sentía tan perdida como el propio Pescador había afirmado. No podía leer el mapa del laberinto, no. Y no tenía la fuerza para abrir esa cerradura. Entonces, ¿qué podría leer?

Sube y baja, pensó. No es trabajo de ladronzuelo, sino de un danzarín de espejos. Eso podía hacer.

“La Reina Cuervo lo levantó retorciéndose y se rió. No podía morir si su muerte no era libre para atraparla, así que fabricó un caldero de bronce y una tapa para él. Tiró su muerte dentro, y la cerró con cadenas para que nunca pudiera escapar.”

Deambulando por el laberinto, Angharad dejó de buscar caminos y simplemente se permitió sentirlo. Como su madre había sentido las mareas y los vientos, una habilidad más allá de lo que los mapas y brújulas podían indicar. Aquí ocurrió una batalla, y al recorrer esas calles de adoquines con las manos rozando las paredes, Angharad casi podía verla desplegarse en su mente.

Tristán avistando a un miembro del Cuarenta y Nueve, escondido. Detectando la emboscada. ¿Hacia dónde ir ahora? Ni por aquí, ni hacia atrás. Lo atraparían o seguirían sus pasos. Hacia arriba,

pensó Angharad. Pasó la mano por la pared de piedra, buscando apoyo. Había arcos en el camino, esa sería la dirección. Escaló, los ladrillos sueltos de las viejas casas facilitaron la tarea, y siguió la sombra en su interior.

El Pescador la acompañaba, el agua siempre apenas visible, pero sus palabras alcanzándola constantemente.

“Branwen, reina astuta, engordó y se hizo feliz. Tuvo hijas. Los ríos se secaron y las montañas se convirtieron en colinas, pero ella no murió. Esto se sabía, y su secreto era codiciado, pues pocos son listos y muchos tienen hambre.”

Tristán, desde su atalaya, no buscaba pelear. No, primero observaba. Contaba a sus enemigos, aprendía a qué enfrentarse. ¿Y luego qué? No era prudente huir; no servía de nada. El enemigo tenía un pacto. Antes, debía debilitarlos, incapacitarlos para que no pudieran alcanzarlo. Angharad se desplazaba a través de los tejados cubiertos de hierbas y enredaderas, dirigiéndose hacia el nudo más congestionado de las calles. La confluencia natural del laberinto, donde el Cuadragésimo Noveno habría tendido su emboscada.

La soga de la cual Tristan había tratado de librarse.

“ La Reina Cuervo no compartió su secreto, porque si lo hiciera, la prisión de su muerte sería conocida. Por ello fue objeto de guerra, pero no pudo morir. Sin embargo, sus hijas sí podían, y aunque la reina ganaba sus guerras, muchas de ellas eran asesinadas.”

Eso habría ocurrido aquí, pensó Angharad. La joven Fara tomada por sorpresa, silenciada. Muchen He comenzando a entender, escalando. Espadas asomándose. Finalmente, Angharad, desde un tejado más abajo, encontró lo que buscaba: un techo con una abertura rugosa en el centro. Caído, por su forma irregular, y lo suficientemente reciente como para que ninguna enredadera lo hubiera invadido aún.

Saltó con facilidad al otro lado de la calle, preguntándose si podría haberlo hecho en silencio. No si llevaba capa, pensó. Tristan sí, cuando silenció a la chica Malani y la dejó herida de gravedad.

“ Las hijas de Branwen pidieron su secreto, para poder luchar por su inmortalidad,” dijo el Pescador. “Pero la reina rechazó. En secreto, decidieron así: si no podían volverse inmortales, en su lugar robarían la eterna juventud de su madre.”

De pie en el mismo tejado, con la brisa a la espalda — y era ese el techo correcto, las marcas de quemaduras en el borde del colapso lo confirmaban — Angharad tomó un momento para mirar hacia atrás. La escena del enfrentamiento, observando cómo Tristan había manejado la situación, jugando con toda una brigada como si fueran piezas en un tablero antes de que lo atraparan.

A Angharad le habían enseñado a usar su entorno en la batalla, a maniobrar con el terreno, pero al final, todos sus métodos surgían de la fuerza de su brazo. Lo que el ladrón había logrado, tejiendo sus debilidades en una cuerda, era una táctica que le costaría igualarle. Y además, improvisada.

El Sacromontano quizás no era un luchador nato, pero eso no significaba que no fuera peligroso.

“ Ella le traicionó,” dijo en silencio Angharad. “Como en la historia que conté. Las hijas de Branwen.”

“ Ella se la comió,” afirmó el Pescador. “Para devorar su inmortalidad.”

Angharad estremeció. ¿No eran también asesinas y comedores de carne? Pocos delitos eran más abominables.

“ Después, las hijas formaron un círculo y eligieron a una de ellas para que probara. Pero la hija fue fulminada, porque el secreto no residía en la carne de Branwen, y comenzaron a llorar. Temerosas de lo que habían hecho, intentaron enterrar a su hermana con honor.”

Sus dedos apretaron, apreció cómo las hebras se tensaban y unían.

“ El caldero,” dijo ella. “Abrieron el caldero para sepultarla en él.”

El Pescador se rió, y fue algo terrible: un viento helado que hacía crujir la puerta, un beso de amante rechazado.

“ Finalmente, la muerte de Branwen la buscó,” dijo el Pescador. “La encontró en sus hijas, y esa resolución las transformó. Las destrozó y desgarró, cambiando sus nombres y destinos.”

Podía sentir la alegría del viejo espíritu.

“Las aves hambrientas y vacías así nacieron y, por ello, se les llamó lobos. Y así, su especie es despreciada, porque llevan en su interior la traición y la muerte.”

Angharad no respondió. Su mirada se deslizó hacia la abertura, la boca abierta y ominosa. La inundación comenzaba: ríos enteros de agua marina que venían de más allá de la luz de la linterna, desbordándose por el borde. Las cortinas desaparecían en la oscuridad. Era la entrada a la Hora de Brujas, tal como el Pescador le había explicado.

Y lo que aún resultaba más inquietante, quería que ella entrara.

—Tristán—susurró ella en voz baja—, dijo que no podía usar su contrato interior. ¿Es tu fuerza mayor que su espíritu, entonces? ¿O también te impedirán el paso?

—No escuchas—dijo el Pescador.

Su tono era irritado, si una montaña pudiera irritarse.

—Entonces dímelo de nuevo—replicó ella, mordiendo su ira.

—¿Qué te gobierna, Angharad Tredegar?—preguntó él.

Ella parpadeó, abrió la boca. La cerró. A Angharad le habían gustado las historias, de niña. Y podía entender la lección en la de El Pescador, por más sangrienta que fuera su narración.

—El miedo—dijo ella—. Branwen murió por miedo. El suyo y el de sus hijas. Eso significa, elder. ¿Todo esto, para regañarme?

—El miedo es la mordaza del fracaso—dijo El Pescador—. ¿Eres tú el caballo o el jinete?

Silencio. Sus dedos se apretaron con fuerza.

—No temo a Imani Langa—dijo ella—. Solo obedezco sus órdenes—

Y entonces él desapareció. Cada rastro de agua, cada susurro, cada toque en su alma. Sintiendo una extraña vacuidad, Angharad quedó mirando el abismo de oscuridad. De nuevo sola, con su linterna y la noche. No había sido una mentira lo que ella dijo. No temía a Imani Langa. Pero quizás tampoco era la verdad, porque temía lo que yacía tras el ufudu. La potencia y el alcance de la Casa Lefthand, lo que podía otorgar y retener.

El Pescador no parecía importar, pensó, que ella estuviera negociando con un sirviente de Malan. No era propio de él preocuparse por esas cosas. Lo que le importaba era el porqué. Que ella actuaba no por sus propios intereses, sino movida por el temor. Angharad tragó saliva.

¿Pero qué más podía hacer? Nada. Solo caminos sin salida, salvo la oscuridad a sus pies.

—La defensa es retraso—susurró Angharad.

Era la voz de una mujer que trataba de convencerse a sí misma.

Avanzó un paso.

Cayó.

—

Sin saber cómo había acabado allí, Angharad permaneció de pie, mirándolo desde arriba, bajo el infierno, hacia arriba.

El humo cubría el cielo, como un lienzo de luz roja y devastadora, pues el ligero resplandor del Gran Orrery no lograba atravesarlo, quedando en su lugar como un resplandor áspero y severo tras la cortina. Y debajo de ella, los ancestros...

Se quedó congelada, estrangulándose con su propia respiración.

Humo y gritos en el viento. Sal en el aire, el redoble lejano del mar y... no, esto no era Llanw Hall. Estaba sobre una colina, pero rodeada de casas y almacenes. No dominaba un río ni campos verdes. Respiró con dificultad, hasta que su corazón se calmó y sus manos dejaron de temblar. Podía sentir el sudor en la parte baja de su espalda, tanto por el calor húmedo en el aire como por el frío del agua que llenaba su vientre.

El infierno debajo de ella era de otro tipo. Era una ciudad devorada por la batalla, una marea de fuego, acero y sangre. Tolomontera parecía... no joven, pero más joven. Ahora que su corazón ya no retumbaba, reconoció dónde estaba: la cima del Antiguo Teatro, justo en la parte superior de las escaleras. Al este de los muelles, y desde esa posición podía ver una ciudad desplomándose.

Las murallas alrededor de los muelles tenían protecciones de madera en su cima—llamadas fortificaciones por Song—, pero muchas estaban en llamas. La batalla había rebasado los muelles, extendiéndose por las calles, aunque todavía había combates en los bordes. El trueno resonaba desde la bahía, atrayendo su mirada. Anclados en el agua, había una docena de carracas, envueltas en humo de los cañones. No eran los únicos barcos. Había naufragios en el agua y, amontonados en los muelles, galleas de la Guardia con banderas negras.

Ella apretó los dedos con firmeza, dándose cuenta de que aún sostenía su linterna. Trago saliva seca y giró la mirada hacia el norte. Allí luchaban también, no muy lejos de la punta del Triángulo. No había tantas luces como cerca del fuerte, que sería convertido en la guardia de la Ciudadela, donde se libraba una gran batalla campal, pero podía ver que una fuerza de la Guardia había penetrado profundamente en la ciudad.

Se estremeció con el viento, a pesar del calor. Al oeste, en el borde de la ciudad, también había luces y humos. La Guardia debía estar atacando a Allazei desde tierra, en un segundo frente.

Desde esta altura, parecía un sueño, o quizá el bosquejo de alguna pesadilla errante. Pero si bajaba... Aunque debía hacerlo. Había llevado más de una noche tomar Port Allazei, y sin embargo, Angharad dudaba que tuviera tanto tiempo en este medio sueño. La Hora de las Brujas la expulsaría tarde o temprano, así que debía darse prisa. Pero sin descuidar la cautela. Maryam había dicho que la muerte en este lugar la mataría en realidad, y aunque Angharad se consideraba una espadachina hábil, poco podía hacer frente a una compañía de fusiles o metralla.

Si siquiera existían todavía. Los cañones en el agua eran lentos en disparar y parecía que apenas lograban alcanzar las murallas.

Su mirada se dirigió más al norte, donde debía ir. La Forja Infernal era su deseo, y sabía quién la poseía: el mismísimo Rey del Infierno, o al menos su reflejo en ese lugar etéreo. Lucifer, le había dicho el mentiroso, era quien arrojaba el tesoro al éter en desafío a los blancos de los capuchos negros. Ella debía encontrarlo antes que él, y donde tendría que estar era evidente: la silueta imponente a lo lejos, mirando con desprecio el puerto. La Scholomance, aún sin ese nombre.

¿Dónde podría estar un rey, si no en su palacio?

Así que Angharad descendió, bajando los peldaños hacia esa antigua pesadilla.

El antiguo Teatro de Marionetas se encontraba ampliamente entre la Calle del Albergue y la base del Templo Norte, por lo que tomó rumbo hacia el norte. Si alcanzaba el Templo Norte, podría seguir esa calle hasta la punta del Triángulo y desde allí dirigirse a la Avenida Arsay. Eso la llevaría directamente a la Scholomance, como en el mundo consciente.

Era un sueño caminar por estas calles vacías y tan inquietantemente familiares.

Y aunque la ciudad parecía una asamblea de fantasmas, no lo era: antorchas por delante, ninguna con llamas pálidas. Sin duda pertenecían a los hollows, pues los oscuridades veían mejor en la oscuridad que los hombres, pero no perfectamente: también usaban antorchas para orientarse.

Al acercarse, comprendió su error. De vez en cuando, la Calle del Templo Norte era una de las calles más grandes de la ciudad, una de las grandes arterias. Era natural que los hollows establecieran barricadas en su fondo, apilando una mezcla de tablas, estacas y muebles mal colocados. Angharad no se atrevió a acercarse demasiado; seguramente tendrían guerreros vigilando las calles laterales, pero incluso desde lejos pudo ver que las defensas estaban llenas de lanzas y ballestas.

Hombres armados con corazas y cuero gritaron y—

La barricada estalló en pedazos de madera y carne. Angharad vio cómo un cañón rebotaba en los adoquines más allá, oculto de su vista. La mitad de los guerreros huyó, pero una mujer con yelmo adornado levantó una bandera en la cima de la barricada y gritó con una voz hueca. Los guerreros comenzaron a reagruparse, hasta que una segunda andanada de cañones atravesó lo que quedaba de la muralla, dejando surcos sangrientos en los defensores.

Ya no había muebles apilados, dejando tras de sí una alfombra de madera rota, y había desaparecido también la valentía de los hombres.

La visión la obligó a tragar en temor, pero logró controlarse. Esta pesadilla no era para ella, pues no era más que una pasajera en medio de ella. La violencia era la llave para abrir esa cerradura: cuando la Guardia—que seguramente eran ellos los que manejaban los cañones—terminara con el bombardeo, invadirían la calle. Cuando las líneas de combate chocaran, Angharad cruzaría Templeward hacia el Triángulo y seguiría hacia el norte desde allí.

Ahora le parecía un acto suicida permanecer en la gran calle, que sin duda sería escenario de intensos combates.

Retrocedió unos cuantos bloques y comenzó a rodear el final de la barricada destruida, manteniendo los oídos alerta en busca de más disparos de cañón. No llegó ninguno. Las torres pronto avanzarían. Cuando se acercó al lado de Templeward, se dio cuenta de que las oscuridades habían evacuado la calle por temor a los cañones. Habían dispersado en las casas y tiendas de los lados, en las callejuelas. Se escondió, silenciando su respiración y arrodillándose sobre el suelo. Esperando.

Cuando empezó, no fue con gritos de guerra sino con gritos de horror: no eran tontos, los oscuros habían llevado sus cañones y nivelado las casas a los lados de la barricada destruida.

El trueno resonó, cortando las casas en remolinos de madera y piedra. Muros y techos se derrumbaron, los vacíos atrapados en su interior gritaban. Algunos salieron cargando espadas y lanzas, cota de malla y cascos con penachos rojos brillando en la luz de las llamas, y Angharad tuvo su primera visión de la Guardia en guerra.

Hombres y mujeres con capas negras, escuadrones de picas y espadas, con los oficiales al frente liderados por fusiles pesados y desenvainados. Los oficiales gritaban, la línea frontal de la Guardia se arrodillaba y, antes de que los oscuros pudieran arrojar sus lanzas, estalló una descarga en columnas de humo.

Solo quedaron cadáveres a su paso.

“Recarga,” gritó un oficial con galones de capitán en Antigua. “Por la avenida, cuarta compañía! No sabemos cuánto resistirá el Coronel Vidal.”

La Guardia avanzaba hacia el norte, comprendió, para adentrarse en la lucha más profunda de la ciudad. Alguna ofensiva anterior seguramente había fracasado. No importaba: ese juego de magia etérea no era de su incumbencia.

Angharad esperó hasta oír el retumbar de ballestas y los gritos de guerra, y entonces se lanzó en movimiento, escapando del callejón sin salida hacia la calle y cruzando luego Templeward. Escuchó voces en lenguas huecas detrás de ella, incluso un disparo que pasó rozándola, pero no se detuvo. No había luz del otro lado, solo una calle serpenteante que giraba hacia el norte. Esa esquina sería su salvación, manteniéndola fuera de la vista de los—

Dos hombres, de espaldas. Custodiando. Uno alto, el otro delgado—ambos vestidos con armadura de acero y cascos con penachos rojos. La oyeron llegar, tanto por su carrera como por los gritos, y ya se estaban dando vuelta cuando ella los atravesó. Sorprendidos, retrocedió y eso permitió al más alto alzar su lanza. El otro buscó su espada en el mismo instante en que su sable desenvainaba. El alto lanzó la lanza, obligándola a retroceder aún más, y en la entrada del callejón logró ver a una mujer apuntando su ballesta.

Maldiciendo, Angharad rodó bajo la lanza que ofrecía en un intento inútil y solo recibió una patada en el estómago. Gruñendo de dolor, agarró la bota con su mano libre y la usó para hacer tropezar al hombre, que cayó con un grito. Se levantó, otro disparo silbó a su lado, y vio que el delgado tenía su espada en mano. Fingió un ataque alto y él retrocedió, de modo que su golpe siguiente quedó corto.

En lugar de esculpir a medias a través de su mandíbula con el golpe, ella solo cortó el labio; la punta del sable en cambio impactó contra el borde de su yelmo, haciendo que cayera rodando de su cabeza.

El guerrero gimió de dolor y miedo, retrocediendo, y Angharad dirigió su golpe. Solo entonces, comprendió qué estaba mirando: un niño de piel pálida, con el labio cortado y ojos marrones abiertos de par en par. Totalmente aterrorizado. Apenas sabía manejar su espada y, ahora, podía ver que la cota de malla le quedaba mal. Muy grande, demasiado floja. Ni siquiera era un hueco, recordó Angharad, sino una ilusión de uno.

Ni poupando ni matándolo, tenía sentido alguno.

Y aun así, su espada se detuvo contra su cuello. En cambio, ella le agarró del cabello y lo lanzó sobre el otro hombre que intentaba levantarse. Desde el rincón de su ojo, vio que la arquera del

ballestín apuntaba, así que huyó. Más gritos, ninguno que comprendiera más allá de la ira, pero a medida que se adentraba en el Triángulo, los sonidos se hicieron distantes. No debían estar persiguiéndola.

Sabía que era mejor no detenerse.

Atravesando las calles de esa ciudad espejo y oscura que había llegado a conocer, los Pereduri evitaban las avenidas, avanzando hacia el norte en dirección a la mitad superior del Triángulo, y luego, una vez allí, ajustando su rumbo hacia el oeste, más cerca de Regnant. La iluminación era escasa, así que si tenía suerte... pero no la tuvo. A los quince minutos, debió esconderse detrás de una gran columna de hombres armados que bajaba por la Avenida Regnant y sus calles circundantes, con rostros severos y cantando en tonos vacíos.

Se refugió en la azotea, presionándose contra las tejas al paso de la columna.

Sus armas y armaduras eran dispares: cotas de malla y corazas de cuero combinadas con lanzas, martillos de guerra y arcabuces. No era un ejército propiamente dicho, sino un mosaico de ellos, pocos concordaban entre sí. Había tantas banderas que apenas podía distinguirlas, como una melena de tela sobre la serpiente de acero que conformaba su columna. Una vez que pasó el grueso principal de la procesión, la estrechez de su camino las mantuvo concentradas en Regnant, y pudo deslizarse desde su atalaya.

La travesía continuó.

Prefiriendo no arriesgarse a cruzarse con otra columna, se dirigió de nuevo hacia el noreste. Hacia el tercio superior de Templeward, dado que el estrechamiento cerca de la cima del Triángulo hacía que la distancia con Regnant fuese apenas unos minutos ahora.

Vio la batalla antes de escucharla: columnas de humo y destellos de fuego. Cerca de la punta del Triángulo, los mismos hombres que los sombreros negros en el sur de Templeward intentaban aliviar. ¿Cómo habían llegado los sombreros negros tan profundo en la ciudad? Deteniendo su curiosidad, Angharad se obligó a pensar. Era difícil, como si su misma mente se hundiera en agua. Tardeo, quizás. ¿Podía incluso un alma cansarse?

Pensó que su mejor opción para llegar a la Avenida Arsay era rodear el borde del combate. Era menos probable que estuviera vigilada.

Se acercó a los escenarios, el sonido pronto alcanzó sus oídos. Disparos de pólvora y gritos resonando en el empedrado, todo bajo luces infernales pintadas en humo. Relámpagos cruzaban a lo lejos, el trueno retumbaba y en esa ráfaga de luz, Angharad vio los cadáveres delante: yacían dispersos por la calle como muñecos desechados, con medio docena de sombreros negros tendidos e inmóviles sobre la piedra. Sus pasos se detuvieron un momento, pero siguió adelante, levantando su farol más alto.

Fueron asesinados por detrás, leyó en el relámpago de los muertos. Heridos mientras huían por cuchillas y flechas, aunque las flechas luego fueron arrancadas.

Uno de los cadáveres dejó escapar un aliento gorgoteante, burbujas de sangre saliendo de la comisura de su boca, y Angharad alcanzó su sable antes de darse cuenta de que no era un cadáver en absoluto. Arrodillándose junto a la superviviente, con suavidad la volteó sobre su espalda mientras el manto negro gimoteaba de dolor. La mujer tenía el rostro bronceado, para un Lierganen, y su cara estaba ensuciada con hollín.

Yacía boca abajo, sin herida visible, pero ahora Angharad podía ver un agujero abierto en su vientre. Un disparo, de cerca. Los ojos de la superviviente se abrieron y permanecieron sin enfoque, fijándose en el abrigo de Angharad. Negro como su uniforme raído.

“Agua,” gimió. “Por favor, agua-”

Comenzó a toser, escupiendo sangre. Su herida no era de esas que se sobreviven sin un buen médico y muchísima suerte — ninguna de esas cosas estaban a mano. Era una idea incómoda tener que ocuparse de los asuntos de los muertos, pero Angharad se obligó a buscar una cantimplora entre los cadáveres. Un hombre con rayas de sargento la tenía, y tras desenroscarla, Angharad olió el contenido. Agua.

Se arrodilló nuevamente junto a la superviviente, dejando que un pequeño resquicio de agua entrara en su boca. La ralentizó cuando la mujer se atragantó, pero pronto su respiración entrecortada se suavizó un poco.

“Gracias,” dijo la superviviente con voz ronca. “Señora. Perdón, no puedo ver su rango. Mi vista está nublada.”

“Soy una aprendiz del mariscal de la Tavarin,” respondió. “Para convertirme en Skiritai.”

Ni siquiera mentiría a la sombra de un espectro.

“Militante,” exhaló la mujer, como si estuviera asombrada. “Nunca había conocido a uno de los vuestros. Soy Miren, Miren de Saraya. Tercer regimiento, bajo el mando del coronel Vidal.”

El mismo coronel que antes había mencionado la Guardia. Su sospecha resultaba cierta: ese mismo regimiento era el que los mantos negros buscaban liberar.

“¿Qué ocurrió, Miren?” preguntó Angharad.

Ella volvió a toser, luchando por respirar.

“Los demonios abrieron la puerta, como dijo esa Máscara,” explicó Miren. “Nos dejaron entrar. Derrotamos a los defensores en aquella calle grande, en el Templo de la Guardia, y el coronel nos condujo hacia el norte. Para asegurar el extremo de una larga carretera que cruza la mitad de la ciudad, llevando directamente al palacio del Iluminador.”

Avenida Arsay, pensó Angharad. La misma carretera a la que se dirigía.

“No llegaron allí,” dijo.

“No,” rió amargamente Miren. “La plaza parecía vacía. No vimos al hombre hasta que la vanguardia estuvo lo suficientemente cerca para disparar.”

Angharad parpadeó.

“¿Un solo hombre?”

Miren intentó alcanzar débilmente la cantimplora y Angharad le empujó suavemente la mano temblorosa hacia abajo, presionando el borde de metal contra sus labios nuevamente. Tras unos momentos de beber, la mujer moribunda suspiró.

“Casa Sin Sol,” jadeó. “Casa Sin Sol. Era ese maldito arzobispo, justo como en la Caída.”

“¿Qué pasó?” insistió con tono suave.

“Se volvieron locos,” dijo Miren, con las manos temblando. “Algunos empezaron a desgarrarse los ojos, gritando que nada es real, y los demás...”

Tragó con dificultad, temblando.

“Se atacaron unos a otros,” susurró con voz gruesa. “Vi a Rolando clavar una daga en la espalda de su propia hermana y a Cassander dispararle en la cabeza a nuestro capitán. Sin decir nada, simplemente lo mató. Ninguno dijo nada, sus ojos blancos y...”

Lloraba desconsoladamente, Angharad le puso una mano de consuelo en el hombro, pero Miren se apartó.

“No se detuvo después de que los hombres murieron,” exclamó ella. “Se lanzaron sobre los cuerpos como bestias, devorando la carne. Corrí. Dioses, sé que no debería haberlo hecho, pero—”

“Lo hiciste bien,” susurró Angharad.

“Él estaba en medio de aquello,” susurró Miren frenéticamente, como si no hubiera escuchado. “Solo un hombre, cabello oscuro, rostro suave. Con los brazos cruzados detrás de la espalda, mirándonos como si fuéramos perros haciendo un truco. Solo un hombre, y logró detener a toda la tropa en seco.”

Cuadrado de la Miseria, pensó Angharad con un escalofrío de temor. Solo había una plaza grande en esa parte de la ciudad, y era el Cuadrado de la Miseria. Solo Angharad lograba captar el olor a las atrocidades que le habían otorgado ese apodo.

“La retaguardia de la columna se rompió y huyó,” raspó Miren. “Solo acechaban los vacíos, nos emboscaban. Fue una masacre. Yo... alguien me disparó, no vi quién.”

Laminó sus labios y Angharad volvió a introducir un poco de agua en su boca.

“No sobrevives a una herida en el vientre así, ¿verdad?” dijo Miren en voz baja.

Angharad tragó, negó con la cabeza.

“No llegaré de vuelta a nuestras filas,” dijo la soldado. “Y esto, esto me duele, señora. Por favor.”

La Pereduri se estremeció.

“Por favor,” suplicó Miren.

No es real, se recordó Angharad. Solo la impresión de una noche en éter. ¿Cuánto tardó en morir la verdadera Miren, tendida cara abajo contra la piedra, con ese agujero en el vientre? ¿Una hora, dos? ¿Cuánto antes la dominaría el frío y la entumecida indiferencia en lugar del dolor?

“Cierra los ojos,” dijo.

“Gracias,” susurró Miren, y lo hizo.

Angharad deslizó su sable de la funda, con la mayor suavidad posible.

“Leí una vez que, en verano, las calles de Saraya parecen una alfombra de flores,” dijo la noble.

Miren sonrió.

“Como nieve hecha de pétalos,” dijo, “caída desde la—”

Angharad introdujo la hoja entre la tercera y cuarta costilla, hondo en el corazón. La muerte no era instantánea, casi nunca lo era. Angharad sostuvo su mano, susurrando para pensar en las flores en el brillo de la luz mientras Miren se desangraba. Duró menos de dos minutos, el recluta ya débil por la herida de bala. Con los ojos ardiendo, Angharad se obligó a levantarse y rompió la hoja. La limpió con el paño, la volvió a envolver con manos que de repente parecían frágiles.

“Descansa en paz, Miren de Saraya. Hasta que el Dios Durmiente despierte,” susurró.

Angharad se mantuvo alejada de lo que aún no era el Cuadrado de la Miseria.

--

Miren le había advertido, así que se movió con cautela, pero aun así la sorprendieron.

Estaba a pocos minutos de los vigilantes muertos cuando se desató la emboscada. La única advertencia fue el crujido de una ballesta soltando una saeta, y Angharad se lanzó a una puerta de tienda, dándose un golpe en el hombro, pero evitando la muerte. Los oscuritos descendieron por la calle, una multitud de una docena, armados hasta los dientes, y había más ballestas en la retaguardia. Figuras en los techos, también, moviéndose más como demonios que como hombres.

A diferencia de otros oscuritos, ninguno gritó cantos de guerra en sus tenues lamentos. Y aunque se movían rápidamente, había una rigidez... en su movimiento.

Quedarse en la calle significaba la muerte, así que Angharad pateó la puerta que había destruido. La picaporte se rompió, y dentro encontró—¿Miren? La vista le hizo detenerse por medio suspiro, apenas lo suficiente para que la mujer le lanzara un cuchillo al hombro. Su abrigo y carne se rasgaron, Angharad lanzó un siseo mientras la falsa capa negra sonreía en triunfo. Retrocedió medio paso, lista para arrojarse y atacar, revisando a los otros guerreros...

Solo para descubrir que ya no estaban. Todos ellos. Ella miró de nuevo a través de la puerta y solo encontró oscuridad en el interior, el falso Miren había desaparecido.

—¿Qué es esto? —susurró Angharad con voz ronca.

Con la espada en alto, dio un paso adelante y—

Angharad tropezó al atravesar un umbral, cayendo de rodillas y con las manos en tierra. Apenas tuvo tiempo de vislumbrar un destello dorado en la piedra antes de vomitar. Era como si su estómago se fuera a rezar de su interior, apretado con dolorosas exprimidas. Cuando el último retorcijo nauseabundo salió de sus labios, quedó jadeando, mirando su propio vómito, y se retiró a cuatro patas. Se limpió la boca con la manga.

Recordó la herida, tocándose el costado.

Pero no había ninguna marca en su abrigo, y cuando lo apartó para subir las mangas, no encontró rastro del corte en su carne. Solo el alma entra en una capa —había dicho Maryam—. Solo un alma puede ser herida por dentro. No era más que un corte, se recordó Angharad. Sin duda algo doloroso, pero nada mortal. No era como si un alma pudiera sangrar.

Se levantó con las piernas temblorosas, y la cabeza le daba vueltas con vértigo. Angharad inhaló profundamente, parte de ella preguntándose si el aire aquí siempre había sido tan caluroso. Miró hacia arriba y vio que la luz dorada del Gran Reloj se movía, y con esa visión llegó un entendimiento tardío.

Angharad había regresado, fuera de la Hora de Brujas.

Había fracasado.

Revisión #1

Creado 12 julio 2026 10:37:38 por Michael Brown

Actualizado 12 julio 2026 10:37:47 por Michael Brown